

## NUESTRO CUENTO

## NARRACIONES ESPELUZNANTES

(PARA LEER DE NOCHE)

## El horror de las tinieblas

Por Francisco Astruga

El molinero colocó el costal, ebúrneo de harina, sobre el asno, sentó al muchacho encima, y alargándole el ramal:

—¡Ala, rapaz!—ordenó—¡Arrea, que se te vá a echar la noche encima y se me antoja que vá a ser de órdago!

El pequeño, encaramado en el rucio y seguido de su perro, partió muy contento pensando en la grata sorpresa que iba a proporcionar a su madre, que no le esperaba hasta el día siguiente.

Cuando chico, rucio y perro promediaban el camino, negros nubarrones encapotaban el cielo; poco después se desencadenaba la tormenta. La oscuridad se hizo completa; la lluvia caía envuelta con el granizo y los truenos se sucedían sin solución de continuidad, multiplicándose infinitamente por todo el valle. De raro en raro, un relámpago rasgaba las tinieblas, iluminando un segundo la campiña con su luz siniestra.

El rapaz espoleaba al asno con toda la energía de sus pocos años. Ya se divisaba la casa perdida en el bosque, cuando un relámpago brilló tan cerca, que el muchacho, deslumbrado, cerró los ojos; se sintió derribado; mientras, un trueno horrible conmovió la tierra. El asno, enfurecido, partió a campo traviesa seguido del perro, que aullaba desesperadamente. El pequeño, caído en el barrizal del camino, lloraba su desconsuelo; no sin pena se puso en pié y corrió veloz hacía la casa.

El bosque le parecía viviente. Sombras gigantes, fantasmas pavorosos le perseguían. Al resplandor de los relámpagos, los árboles se le antojaban monstruosos seres de horribles tentáculos que le perseguían para devorarlo. A su espalda creía oír pasos precipitados y ruidos extraños. Todo lo cual le infundía un miedo insoportable que parecía prestarle alas a sus piés. Por fin, jadeante, llegó a su casa; buscó la llave en la ventana y apresuradamente abrió la puerta. Respiró. En el portal reinaba la oscuridad más completa. Se palpó y observó que estaba cubierto de lodo. —¡Madre, madre!—gimió.—¡Madre, madre!—volvió a repetir con angustia. Nadie le contestó. Sólo se oía el ruido que la lluvia y el granizo producían al chocar contra los cristales, interrumpido a intervalos por el estallido del trueno. Tomó alientos un momento y extendiendo los brazos avanzó en el vacío.

De pronto, sus manos tropezaron con algo informe; en su cara sintió un soplo cálido y vió, muy próximos y fijos en los suyos, otros ojos brillantes, profundos, misteriosos..... que al instante desaparecieron. En aquel momento se produjo en la casa un estrépito infernal; parecía como si el trueno, forjado en el mismo portal, hubiese estallado allí dentro con toda su formidable y horripsona grandiosidad. Se siguió un silencio absoluto. El pánico había inmovilizado al muchacho. —¡Madre, madre!

Un gemido agudo y prolongado le respondió; un gemido que parecía salir de aquellos ojos fieros, escrutadores, que brillaron de nuevo en la oscuridad, ahora más bajos, junto al suelo.

Inconscientemente, el muchacho, siempre perseguido por aquellas pupilas que le obsesionaban, y que no podía dejar de mirar, retrocedió hasta apoyarse en la puerta. Otra vez el grito espeluznante rompió el silencio de la noche, extinguiéndose en modulaciones tan tristes, tan lastimeras, que ponían en los nervios del pobre pequeñuelo temblores de pavor. De repente creyó morir. A su espalda, un alarido espantoso dominó el ruido del trueno y unas impacientes garras arañaron furiosamente la puerta. En el mismo momento, el ventanillo que ésta tenía en la parte superior, se abrió con violencia y una ráfaga de viento entró silvando lugubramente. El muchacho, medroso, volvió la cabeza y recibió en pleno rostro una bocanada de aedor fétido y húmedo. A la luz de un relámpago vió algo tan horrible que le herizó los cabellos. Un momento su corazón dejó de latir: por el ventanillo abierto asomaba una faz redonda, negra, siniestra, partida en toda su longitud por una boca enorme, de dientes gigantes, que se abría espantosamente, emitiendo sordos gruñidos, muy cerca de su cabeza.

Temblando como un azogado se refugió en un rincón. Sus dientes castañeteaban; su corazón palpitaba con tal violencia que parecía querer saltarle del pecho. Sus débiles piernas se doblaron y el pequeño quedóse acurrucado, esperando, con horror, que una zarpa invisible, surgiendo de las tinieblas, atenzara sus carnes para arrebatarlo violentamente.

A su alrededor el siniestro concierto continuaba; ya no veía los ojos misteriosos, pero sentía junto a él el gemido hondo y lastimero que era contestado desde la puerta por otro más lúgubre, más doloroso; oía, estremecido, el ruido de las garras arañando, febriles, la puerta, y a la luz de los relámpagos seguía contemplando aquélla boca enorme, de horribles fauces, que lanzaba extraños gruñidos.

Suavemente sus ojos se cerraron; poco a poco su corazón dejó de latir apresuradamente; una dulce laxitud acarició todo su cuerpo. Los gemidos lastimeros, los lúgubres alaridos se iban debilitando, espaciando. Ya no eran más que ténues ayes, débiles quejas.... Al fin cesaron por completo. Sólo el sordo gruñido continuaba; pero el muchacho ya no sentía miedo. Por último, se apagaron todos los ruidos; a su alrededor el silencio se hizo más profundo, la oscuridad más absoluta....

\*\*\*

Cuando por la mañana, la madre del pequeño, que había pasado la noche en un caserío vecino, se presentó ante la casa, sus ojos presenciaron un espectáculo bien triste. El asno, junto a la puerta, temblando de frío, se quejaba con sentidos gruñidos; a su lado yacía el perro, medio enterrado entre el granizo que le servía de sudario. Se sobresaltó; apresuradamente empujó la puerta. Las cajas que ella misma había apilado y preparado para el mercado próximo, se habían derrumbado y deshecho. Bajo una de ellas yacía aplastado el gato con los ojos fuera de las órbitas. La mujer, de pronto, lanzó un grito angustioso: en un ángulo acababa de descubrir a su hijo encogido, apetonado.

—¡Hijo de mi alma!—exclamó abalanzándose hacia el.

Le sacudió con fuerza; el pequeño no se movió. La pobre madre, angustiada, le tomó de un brazo y, no sin esfuerzo, logró alzarlo; pero apenas aflojó la presión de su mano, el muchacho rodó por el suelo, produciendo al caer un ruido sordo. El pequeño había muerto; su tierno corazón no había podido resistir tan intensas emociones; el miedo se lo había paralizado, roto....